

# BIODIVERSIDAD

## SUSTENTO Y CULTURAS

CONTENIDO  
**LIBRE**  
DE PROPIEDAD  
INTELLECTUAL



Ya que la guerra continúa contra  
comunidades, juventudes, territorios, Naturaleza  
**LA RESISTENCIA ES PERMANENTE**

*Biodiversidad, sustento y culturas* es una publicación trimestral de la **Alianza Biodiversidad** orientada a informar y debatir sobre la diversidad biológica y cultural para el sustento de las comunidades y culturas locales. El uso y conservación de la biodiversidad, el impacto de las nuevas biotecnologías, patentes y políticas públicas son parte de nuestra cobertura. Incluye experiencias y propuestas en América Latina, y busca ser un vínculo entre quienes trabajan por la gestión popular de la biodiversidad, la diversidad cultural y el autogobierno, especialmente las comunidades locales: mujeres y hombres indígenas y afroamericanos, campesinos, pescadores y pequeños productores.

#### Organizaciones coeditoras

Acción Ecológica

[notransgenicos@accionecologica.org](mailto:notransgenicos@accionecologica.org)

Anafae

[octavio.sanchez@yahoo.com](mailto:octavio.sanchez@yahoo.com)

Base-Is

[mpalau@baseis.org.py](mailto:mpalau@baseis.org.py)

Campaña de la Semilla

de La Vía Campesina – Anamuri

[internacional@anamuri.cl](mailto:internacional@anamuri.cl)

Centro Ecológico

[serra@centroecologico.org.br](mailto:serra@centroecologico.org.br)

CLOC-Vía Campesina

[secretaria.cloc.vc@gmail.com](mailto:secretaria.cloc.vc@gmail.com)

Colectivo por la Autonomía

[erobles\\_gonzalez@hotmail.com](mailto:erobles_gonzalez@hotmail.com)

GRAIN

[grain.org](http://grain.org)

Grupo ETC

[grupoetc@etcgroup.org](http://grupoetc@etcgroup.org)

Grupo Semillas

[semillas@semillas.org.co](mailto:semillas@semillas.org.co)

Red de Coordinación en Biodiversidad

[rcbcostarica@gmail.com](mailto:rcbcostarica@gmail.com)

REDES-AT Uruguay

[biodiv@redes.org.uy](mailto:biodiv@redes.org.uy)

#### Comité Editorial

María José Guazzelli, Brasil

Leonardo Melgarejo, Brasil

Fabián Pachón, Colombia

Germán Vélez, Colombia

Silvia Rodríguez Cervantes, Costa Rica

Henry Picado, Costa Rica

Camila Montecinos, Chile

Francisca Rodríguez, Chile

Elizabeth Bravo, Ecuador

Xavier León, Ecuador

Ma. Fernanda Vallejo, Ecuador

Octavio Sánchez, Honduras

Evangelina Robles, México

José Godoy, México

Silvia Ribeiro, México

Verónica Villa, México

Marielle Palau, Paraguay

Mariano Beltrán, Uruguay

Martín Drago, Uruguay

#### Administración

Marielle Palau

[mpalau@baseis.org.py](mailto:mpalau@baseis.org.py)

#### Edición

Ramón Vera-Herrera

[constelacion50@gmail.com](mailto:constelacion50@gmail.com)

#### Diseño y formación

Daniel Passarge

[danielpassarge@gmail.com](mailto:danielpassarge@gmail.com)

Dépósito Legal núm. 340.492/07

Edición amparada en el decreto 218/996

(Comisión del Papel)

ISSN: 07977-888X

<b>Editorial</b>	<b>1</b>
<i>La guerra continúa</i>	
<b>Cómo entender estos tiempos de autoritarismo y negacionismo climático</b>	
<i>Leonardo Melgarejo</i>	<b>3</b>
<b>Derechos de la Naturaleza en tiempos de guerra</b>	
<i>Esperanza Martínez / Acción Ecológica</i>	<b>9</b>
<b>La invasión territorial y los nuevos latifundios agroindustriales</b>	
<i>Alejandro Ruiz / Ceiba</i>	<b>12</b>
<b>A 30 años de la primera soja transgénica: un experimento masivo a cielo abierto</b>	
<i>Darío Aranda</i>	<b>18</b>
<b>La invasión española, esclavitud taína y agricultura</b>	
<i>Nelson Álvarez</i>	<b>22</b>

La foto de la portada y varias de las fotos que acompañan el texto sobre la invasión agroindustrial fueron tomadas por la Redsag (La Red de Soberanía Alimentaria en Guatemala) como parte de la Feria de Semillas Nativas y Criollas, y Productos Agroecológicos que celebraron en Cantel, Quetzaltenango, Guatemala con el fin de defender la relación de las comunidades con sus semillas. Esto forma parte de la lucha sostenida que Redsag emprende contra uno y otro instrumento legal que pretenden restringir el uso de sus semillas o erosionar sus cultivos con OGM mientras las reglamentaciones e abren la puerta a la importación e introducción de semillas modificadas genéticamente. Dice Redsag: “El reciente Acuerdo Gubernativo 53-2026, aprobado por el Ministerio de Agricultura, Ganadería y Alimentación MAGA como una medida para ‘agilizar trámites’ en el sector agropecuario, no es sólo un cambio administrativo. Es una decisión que puede tener consecuencias profundas sobre nuestra biodiversidad, semillas nativas y criollas, nuestros territorios y nuestra soberanía alimentaria”. La fotos, tomadas por Redsag, dan cuenta de los intercambios que ocurren en ambientes de confianza donde se comparten estas semillas.

“Al reducir controles, simplificar registros y facilitar la importación y circulación de material agropecuario, este acuerdo abre la puerta a la entrada acelerada de semillas externas, incluyendo aquellas modificadas genéticamente. Aunque no se mencionan directamente, se crean las condiciones para su expansión. Esto pone en riesgo nuestras semillas nativas, que son patrimonio vivo de nuestros pueblos y base de nuestra alimentación. La contaminación genética, la pérdida de biodiversidad y el desplazamiento de sistemas agrícolas tradicionales no son amenazas lejanas: son consecuencias reales de este tipo de políticas. A esto se suma la invisibilización de los conocimientos ancestrales y el debilitamiento del control comunitario y de nuestros pueblos sobre nuestras semillas”.

La exigencia expresa de Redsag es que “lejos de simplificar los requisitos y los trámites administrativos para la autorización de uso de semillas transgénicas en Guatemala, estas semillas deben ser prohibidas por acuerdo, reglamento o ley específica”.

Las fotos de las movilizaciones en Brasil y en Argentina son de Leonardo Melgarejo en manifestaciones dentro de la Conferencia Antifascista en Porto Alegre, Brasil. Hay también fotos de Josué Garita, desde Cartago, Costa Rica, que se va volviendo un colaborador veterano en nuestra publicación. Colaboran Jessika Martínez con fotos de árboles en Colombia y Dani Gar, con fotos de una cañada en la Sierra de Puebla-Hidalgo en México.

Las fotos de Argentina provienen de **Minga. Semillero de imágenes libres del sector campesino, indígena y cooperativo**. Un blog con fotos para utilizar en proyectos de lucha y resistencia. Hay fotos de **Matías Sarlo**: quien trabajó en prensa gráfica por más de diez años para diferentes medios y agencias de prensa nacionales e internacionales. Desarrolló proyectos fotográficos documentales independientes para ONGs y The Open String de la Universidad Nacional del Litoral, Abuelas de Plaza de Mayo, Conicet y CELS. Es parte del proyecto Zafarrancho Ediciones. **Anita Pouchard Serra**: es fotoperiodista y narradora visual franco-argentina, con base en Buenos Aires. Su trabajo gira en torno a la identidad, la migración, los derechos de la mujer y el Territorios. **Nicolás Pousthomis**: es fotógrafo documental. Sus proyectos surgen de experiencias y búsquedas vinculadas con aspectos simples de la existencia: comer, habitar, viajar, la tierra donde vivir. Es autor de los libros *Diciembre, Qhapaq Ñan, desandando el camino con Gustavo Santaolalla* y *Todo y nada*. Desde el 2004 es parte de la Cooperativa de Fotografías Sub, colectivo que coordina una plataforma educativa, una editorial y un programa de radio. Desde julio del 2021 es editor de fotografía de la Agencia Tierra Viva

Agradecemos el apoyo de Thousand Currents, Heks y El Agroecology Fund

Agradecemos siempre a Carlos Vicente la siembra, que sigue floreciendo

Una revista se arma de fragmentos que hay que embonar para brindar algo significativo. Nunca es sólo una colección de textos tomados al azar y puestos a jugar con los demás.

Nuestro papel desde hace más de treinta años es buscar el sentido oculto o evidente del acontecer de los pueblos, de las comunidades, en su lucha permanente contra todo lo que les oprime, les deshabilita, les arrincona o les fuerza a salir a otras regiones, otros países o a las ciudades, por darle una voltereta a la vida que llevaban.

Hemos buscado reunir cuatro discusiones con aristas entre sí que son comunes. Está la guerra "mundial", como capelo abarcador, y aunque Latinoamérica parece no tener todo el fragor, el furor ni la destrucción que se publicita en otras partes, la cantidad de asesinatos y desapariciones configuran una violencia y una brutalidad globales, permanentes. 1. Siendo esta guerra algo continuo, mediático, y no obstante lejana, parece no existir, y a la vez es la zozobra permanente que los noticieros nos imponen pese a que cualquier nota pueda ser noticia falsa. 2. El autoritarismo y la confusión digital están tendidos a enganchar a las juventudes, con su negacionismo climático afín a las pantallas de cada teléfono móvil del planeta. 3. ¿Será la Naturaleza una víctima silenciosa de las guerras? ¿O será que ya grita clamando sus exigencias y se manifiesta y sólo los pueblos conscientes pueden escucharla e interpretarla? 4. Es la invasión agro-industrial como guerra a la subsistencia, y es por supuesto la desfiguración genética que con sus grilletos busca impedir que las semillas se transformen de un modo natural.

Todo eso junto es la guerra y la violencia que entraña. Su intolerancia y su doble moral, de pronto han puesto al mundo en jaque.

Entonces ahí están puestos los ganchitos. Cómo están incidiendo los medios digitales, las pantallas, en la zozobra que no es fruto de esa guerra lejana sino que la guerra es efecto, en parte, de todo ese estupor, desasosiego, ansiedad, desinformación y confusión que promueven las pantallas encarnadas en dispositivos totalmente personales, individuales, íntimamente ligados a nuestra existencia.

Las juventudes son las que con más evidencia sufren sus efectos, y la extrema derecha se va aprovechando de esta desinformación y se apresura a disciplinar a chicas y chicos en el desconcierto, valga la paradoja, como bien apunta Leonardo Melgarejo.

Hacer los recuentos del advenimiento renovado de la derecha, y peor si es extrema, nos hace pensar en los filos de nuestras sociedades urbanas y rurales, ilustradas, con escolarización o sin ella. Por eso es crucial que la gente se reúna de nuevo en Porto Alegre cuestionando el autoritarismo y el militarismo y al mismo tiempo retome la agenda de los pueblos y la naturaleza.

Si algo caracteriza este siglo XXI es que la confusión no reconoce fronteras de clase, ni etnografía ni color de piel. La derecha quiere a todo mundo igualado en la ignorancia, la ceguera y el miedo. Estas condiciones no son meramente condiciones culturales, porque tienen un peso político, una carga de explotación, despojo y brutalidad que va del rincón más cerrado de una fábrica, del taller casero de alguien que trabaja maquilando algún componente en una cadena de suministro, o en una parcela en la pendiente de una loma, hasta los rascacielos que estallan con los misiles. Hasta los hospitales y escuelas que se desploman dejando a infancias inertes, asesinadas.

La guerra es permanente y busca que los ricos más ricos se apoderen de todo. Hoy es más claro que nunca que el cercamiento medieval de los ámbitos comunes de las comunidades recrudesció la búsqueda de poder y control, la apropiación de todo lo concebible.



Cantel, Qutzaltenango, Guatemala. Foto: Redsag

Y la Naturaleza lo sufre aunque no haya gente, que siempre hay, y pese a que hoy hay un refinamiento en la contabilidad de las bajas provocadas por la guerra, “la naturaleza no tiene lugar en la contabilidad de la guerra, no tiene registro, no construye una agenda de contención y definitivamente, no de reparación”, como dice Esperanza Martínez en uno de los textos del número.

El acaparamiento de tierras y la invasión agroindustrial son un brutal “refinamiento” de las condiciones de despojo, devastación, deshabilitación y expulsión, que emulan o sirven de modelo a la brutalidad ejercida por ejércitos, grupos de paramilitares o sicarios contra la gente inerte. Se incendian los bosques, se privatizan los manantiales, las represas y los torrentes, se destruyen las casas o se prohíben los modos de habitar los territorios, las técnicas antiguas, los saberes ancestrales, la relación con los signos de la lluvia, el viento o las nubes, la humedad del suelo y la temperatura. A cien años del asesinato de Emiliano Zapata recordamos la consigna de ¡Tierra y Libertad!, que la tierra es de quien la trabaja y que junto con los montes y aguas debe ser cuidada y cultivada por los pueblos. Es urgente detener el acaparamiento de tierras y los nuevos latifundios agroempresariales.

Reconsiderar todo lo que ocurre con esta invasión agroindustrial, nos hace entender también la lógica de la guerra que, como dice Esperanza Martínez de nuevo, “no se limita a los escenarios de guerra declarada. Se reproduce, con otras intensidades temporales, con las economías extractivas en general, como son la minería legal e ilegal y la explotación petrolera. En estos territorios sacrificados, la violencia no desaparece: se normaliza”.

En ese escenario cotidiano que prefigura la brutalidad de la guerra “mundializada” y mediática, la desfiguración de las semillas lleva ya treinta años contantes en Argentina y seguro un poco más en otros países acompañada del envenenamiento constante de todo: agua, monte, animales, plantas, hongos, personas. Y ésa también es una guerra contra la subsistencia. Una guerra contra los pueblos, contra su sustentabilidad y su horizonte de futuro. Palestina hoy significa un recrudescimiento que nos grita (para que nos neguemos con nuestra humanidad plena al crimen planetario que simboliza lo que se busca hacer a todos los pueblos de la tierra). Quieren desaparecer nuestras relaciones más elementales, y que sirvamos de mano de obra esclavizada en diferentes escenarios del infierno o exiliarnos, arrancarnos de nuestros entornos de subsistencia. Las descripciones de la Divina Comedia de Dante, sobre el infierno, o la misma Biblia, no rebasan este cuadro de violencia, confusión, pánico, desesperanza, desfiguramiento del mundo, devastación de los ciclos del agua, tierra arrasada, imaginaciones carcomidas por la Inteligencia Artificial que no es otra cosa que habernos congelado en nuestro estante desde donde nos quieren parte del sistema, como un chip más y fuera de los territorios que ambicionan.

Pero los pueblos siguen ahí. Y su entereza y su presencia no son fáciles de erradicar porque la comunidad mueve resortes de confianza, de emotividad, de cuidado y cariño.

Seguirán siendo pertinentes las propuestas de vida integral y armónica con la naturaleza de la mayoría de los pueblos originarios en la inmensidad compleja que nos configura. La unidad de los pueblos es necesaria porque todo está interconectado. Los pueblos se saludan y se autogobiernan a través de sus florestas, ríos, semillas, desiertos, nubes, océanos y lagunas. Los territorios deben estar en manos de los pueblos.

Los pueblos hacen propuestas, son antifascistas, van por la agroecología y la vida comunitaria, trabajan, festejan, sostienen la cultura y las semillas ancestrales, hacen propuestas de paz y reforma agraria integral. La diferencia es evidente. La lucha es por la vida y los pueblos del mundo nos invitan a ello.

# Cómo entender estos tiempos de

# AUTORITARISMO Y NEGACIONISMO CLIMÁTICO

3

**Leonardo Melgarejo**

Porto Alegre vuelve a ser el epicentro de la lucha internacional contra la extrema derecha.

Las transformaciones deben comenzar en nosotros y la disputa ocurrirá en el campo de la comunicación y la información. Presentamos algunas miradas a lo que Leonardo encontró en la Conferencia Internacional Antifascista para entender mejor la urgencia de convocar a las juventudes a que consideremos lo que significa la violencia, la guerra, el genocidio y los efectos que éstos tienen sobre las certezas que nos venden. Eso en el marco de la lucha antifascista y por la soberanía de los pueblos

**E**n estos días acompañé la 1ª Conferência Internacional Antifascista Pela Soberania dos Povos. [la conferencia internacional antifascista por la soberanía de los pueblos]. Siento la necesidad de enterarme respecto de lo que los y las representantes de la sociedad organizada, de otros rincones del planeta, están percibiendo como alternativas para contener el empoderamiento de los agentes del fascismo y sus consecuencias entre nosotros.

Confieso que preciso de algo así. Sin el auxilio de informaciones de buena fuente me percibo incompetente para interpretar lo que estoy viendo acontecer en estos tiempos que juntan autoritarismo con destrucción de la biodiversidad y negacionismo climático.

Esto no es sólo mi caso. La conferencia fue útil para muchos y vino en buena hora. En mi optimismo espero que las discusiones, más que apuntar caminos, ayuden a esclarecer los motivos, porque a gran parte (tal vez la ma-



Marcha en Porto Alegre, Brasil. Foto: Leonardo Melgarejo

yoría) de las personas parece no importarles. Incluso hay muchas personas decididas a apoyar esas acciones que, en interés de una minoría, comprometen la vida de todos.

No me parece razonable que tanta gente ignore que las grandes tragedias ya no están restringidas a países, regiones o barrios situados lejos de nuestro propio ombligo. Ellas, las tragedias, están entre nosotros. Se trata de un nuevo patrón de realidad, donde avanzan los miedos, las angustias y una desesperanza que deforma las utopías de la juventud e inviabiliza la paz de ancianas y ancianos.

Tal vez por eso crecen los suicidios entre las personas con más de 60 años. El índice es ya 50% superior al que se observa en el resto de la población, mientras el negacionismo y la alienación se esparcen entre las juventudes.

En particular espanta aquella información de que a toda una generación de adolescentes brasileños (entre 16 y 24 años) le pareció razonable (según una encuesta de AtlasIntel/Bloomberg) sentir más temor ante una reelección de Lula (48,3 %) que ante la elección de Flávio Bolsonaro (25,6 %) en 2026.

Si tal investigación es correcta, requeriremos descubrir con urgencia los motivos que llevan a una mayoría (72% de la muestra encuestada) de brasileños

y brasileñas que en veinte años estarán conduciendo este país, a desaprobar a un gobierno que nos sacó del mapa del hambre, que recuperó la credibilidad del país, controló la inflación, abrió los mercados internacionales, viene creando oportunidades de acceso a empleos, a la salud, a una casa propia y a universidades, abriendo espacios para una inclusión económica, política y social para millones de jóvenes y adultos.

¿Podría esto indicar un aumento de las demandas relacionadas con el autoritarismo? Parece que sí. Al final una interpretación posible es que las y los jóvenes están pidiendo una mano fuerte, autoritaria, comprometida con el control de los "otros", capaz de sacar de la escena a los diferentes y "cambiar todo eso que está ahí".

Son anuncios de que vamos hacia el fin de una era de encuentro y solidaridad que, con la evolución (y no supresión) del proyecto de Lula tendería a alcanzar, en oleadas crecientes, a los hijos y los nietos de generaciones históricamente desfavorecidas.

La pregunta es por qué los logros del gobierno de Lula, que vinieron después del desastre de los periodos de Temer y Bolsonaro, son vistos por nuestra juventud como inadecuados, irrelevantes o insuficientes. ¿Será que son

interpretados a partir de filtros pro-fascistas, facilitados por errores de comunicación de los funcionarios del gobierno de Lula? ¿O se trata de una resistencia a madurar en la que (desde la perspectiva de la juventud) nada de eso importa?

¿Tal vez en esta generación las insatisfacciones, los miedos, el aislamiento y la percepción de las tragedias bloquean los estímulos generosos que implican medidas en pos de cambios que beneficien a todo el mundo? O quizá dejaron de existir aquellos impulsos revolucionarios característicos de la juventud? O estas juventudes simplemente perdieron el interés de mejorar el mundo y quieren vivir los buenos momentos que se les presenten, intentando hallar un rincón, un lugar que pueda llamar suyo, entre los opresores?

Si ésta es la realidad, la culpa es nuestra. Al final las fallas de los hijos o hijas son también los reflejos de las fallas del papá y la mamá. Mucha protección, mucho descuido, y todo aquello que no queríamos, que no permitimos o no supimos hacer.

¿O tal vez porque no hemos sido capaces de fomentar la formación de valores morales, elegir buenos representantes, plantear los retos adecuados, valorar las actitudes positivas para que en conjunto señalemos los caminos posibles?

El hecho es que la realidad cambió y en apariencia los y las jóvenes prefieren ignorar las tragedias que ya están ahí, y que están para quedarse.

Éstas ya no serán episódicas o localizadas. Pasarán a tener la condición permanente de hipocresías colectivas. Con la mercantilización de todo acabamos permitiendo la naturalización del deseo de participar en mecanismos que entrelazan el lucro derivado de la destrucción con el lucro que procede de la reconstrucción de lo que fue destruido. Territorios de muerte en vida, donde las familias y las naciones absorben, transforman o rechazan a quienes no consiguieron escapar.

Las personas y los países están operando en la lógica de las guerras de rapiña, en la justificación de robos, pillajes y genocidios, como ondas de colonización que reabren las puertas del infierno en la tierra. Y todo eso en medio de las crisis resultantes del calentamiento global.

Ahí está un patrón de comportamiento que es preciso que la juventud revise y corrija, antes de que sea demasiado tarde.

**E**sta semana nos enteramos de que desde el Protocolo de Kyoto y pasando por el Acuerdo de París, los países están dispensados de contabilizar el impacto de sus gastos militares relacionados con el calentamiento global. Eso significa que, en el concierto de las naciones implicadas en los debates y negociaciones para contener el calentamiento global, se admite que la lucha en defensa de la biosfera no debe imponer límites ni responsabilidades a los señores de la guerra.

Y tan sólo eso ya tornaría urgente que hiciéramos lo posible por concordar con los y las jóvenes, multiplicando lo que pudiera haber de atractivo para ellos en los debates de fondo que están en el aire en la Conferencia Antifascista y por la Soberanía de los Pueblos.

Los gastos en armamentos, principal ramo industrial de los imperios con tendencias autoritarias, ya corresponden al 5.5% de todas las emisiones anuales de gases con efecto de invernadero. El documento titulado *El carbono de la guerra* informa que eso apenas es lo relativo a la producción de armas. No incluye lo que pudiera asociarse con los genocidios, la devastación ambiental, la destrucción de obras físicas, las migraciones y todo aquello que sería necesario para la recuperación de los territorios arrasados (y para la reposición “mejorada” de los armamentos disponibles). Los 5.5% corresponden a centenas de millones de toneladas de CO<sub>2</sub>, más que las emisiones de Rusia, país que hoy ocupa el quinto lugar en el ranking de los mayores responsables del calentamiento global.

Para fijarnos tan sólo en tres ejemplos citados en el texto de Caetano Scannavino: el costo climático de la destrucción y la reconstrucción de Gaza (31 millones de toneladas de CO<sub>2</sub>, será superior a las emisiones de más de cien países; en el caso de la guerra en Ucrania (200 millones de toneladas de CO<sub>2</sub>,) el costo ambiental equivaldrá al total de emisiones necesarias para el rearme de la Organización del Atlántico Norte (OTAN); y por último, los gastos militares globales de 2024 (2.7 billones de dólares) corresponderían al doble del valor reivindicado por la ONU (en sus metas de la COP30 —1.3 billones de dólares anuales) para apoyar a las naciones más pobres en su combate al cambio climático.

Por tanto, una vez que los promotores de las guerras y del calentamiento global controlan las informaciones, y la distorsión de ellas altera la percepción de la juventud de nuestros pueblos, estos factores se potencian entre sí y no perderán, por sí mismos la fuerza destructiva que cargan. Tal vez no resta sino concluir que es hora de que los adultos se movilicen.

Avanzamos en la espiral del colapso climático sabiendo de antemano que sin la conciencia de la juventud, cualquier esperanza será nula.

Y esta toma de conciencia no ocurrirá mientras los jóvenes sigan prefiriendo una vida marcada por la intensidad de «diez años a mil» en lugar de la tranquilidad de «mil años a diez».

Ciertamente, precisamos capacitarnos para entender lo que está aconteciendo, buscar los conocimientos que no tenemos y armar las alternativas con las que podamos superar la inercia que nos colocó ante esta realidad. Las transformaciones deben comenzar en nosotros y la disputa ocurre en el campo de la información. Estamos siendo derrotados en la disputa de las comunicaciones que definirán cómo podremos reinventarnos para con-

tactar mejor con la generación a la que contribuimos a descarrilar y que sin duda va a sustituirnos.

En la Conferencia Antifascista fueron discutidos muchos asuntos con una multiplicidad de subtemas. Estas discusiones relacionaron biodiversidad, agua, ciencia digna, reforma agraria. Y una lucha de todos y todas, que es la lucha contra el negacionismo climático y por el despertar de la juventud contenida dentro de las personas de todas las edades.

De hecho, como se apuntó en la Conferencia, la complejidad de las crisis actuales se volvió mayor por el ocultamiento de lo obvio: el capitalismo (o el capitalosceno, para trabajar con la idea de una nueva era geológica donde menos del 1% de la humanidad controla las fuerzas destructivas que lo amenazan todo) precisa ser considerado en todas sus expresiones. Esto implica al patriarcado, al racismo, la homofobia, el machismo, el esclavismo y todas las formas de la discriminación. Implica las diferenciaciones construidas para garantizar que se expandan las exclusiones, rompiendo articulaciones esenciales para el equilibrio de la biosfera.

La superación de este momento histórico no será alcanzado deponiendo a los más poderosos con armas de guerra. Ellos están mejor armados, cuentan con el apoyo de recursos privilegiados de la tecnociencia, de los medios digitales y de la servidumbre acrítica de multitudes capturadas por el ilusionismo y el atractivo de las migajas.

Las transformaciones exigen que avancemos en la conciencia de que estamos ante un nuevo fenómeno psicopolítico. En éste, la subjetividad de las nuevas generaciones es capturada a tal punto que sus frustraciones y necesidades insatisfechas se transforman en resentimientos y odios dirigidos contra quienes luchan por los intereses de todos. La apropiación que hace la extrema derecha de palabras como libertad, justicia, seguridad y soberanía sirve tan sólo para perseguir y criminalizar a quienes luchan por los derechos humanos y la justicia social. Palabras así también se prestan a justificar que los misiles impacten hospitales o escuelas de niñas.

La superación de esta condición abyecta exige construir compromisos de solidaridad, en abordajes territoriales que permitan evidenciar los nexos entre los problemas locales y las acciones del imperio en regiones distantes, de un modo que puedan articularse las demandas, gritadas en la ocupación de las calles, por millones, en todos los países.

Necesitamos, además de lidiar con nuestras dificultades particulares, demostrarle al pueblo estadounidense que comprendemos lo que pasa allá y que el planeta está con ellos en la lucha contra los líderes destructivos y los gobiernos poco fiables e intransigentes que están amenazando al mundo.

Si comprendemos que el neofascismo desencadenó una estrategia desesperada para continuar en el tiempo

privilegios indebidos que acumula una minoría a costa de la exclusión de tantos y del sacrificio de todos, sabremos que ya no es posible mantener esos privilegios.

**E**sto explica la furia con la que los autoproclamados dueños del planeta están haciendo todo lo que pueden con sus dominios imperiales, acaparando todo lo que existe en los territorios aledaños. Así es la desfachatez de las mentiras y el uso de la fuerza bruta, para robar riquezas que el gobierno estadounidense quiere que sean suyas, aunque éstas estén naturalmente distribuidas en diferentes regiones del planeta.

Por eso el problema global sólo será contenido por la reacción conjunta, internacionalizada, de todos los pueblos actualmente atacados y sometidos a una condición de sacrificio inmediato o, mediante amenazas, a un miedo por el futuro.

Si observamos lo que ocurre al interior de los EUA comprendemos que, incluso ahí, las personas clasificadas como enemigos internos (descartables para los intereses del fascismo) reciben un tratamiento semejante al que de entrada se les concede a aquellos que el imperio ha decidido catalogar como sus enemigos externos. Una vez iniciado en alguna localidad, este proceso se amplía a los vecinos, desconsiderando leyes y acuerdos, a la ONU, la OMC, la OIT, y el proceso cuenta con el apoyo de quienes estén dispuestos a permanecer callados mientras no les llegue su turno.

Ahí están las naciones que no se posicionan en relación con lo que acontece en Gaza, en Palestina, en Irán, en Venezuela, en Cuba.

No se equivocan los sudamericanos que comprenden la importancia de las amenazas del Escudo de las Américas para el Cono Sur, ante la sumisión de unos líderes regionales ansiosos por ocupar espacios de servilismo obscuro y rebajado al nivel de Milei, quien pidió disculpas a Trump por sus adulaciones en español y no en inglés.

Ahí están los hijos de Bolsonaro encarnando la codicia ignorante de aquellos que pretendieron implantar entre nosotros, con apoyo de una nueva Operación Cóndor, aquella degradación civilizatoria que el papá Bolsonaro intentó iniciar.

El negacionismo se acomoda diciendo que es un problema de educación —mientras niega que el fascismo avanza apoyado en mecanismos de discriminación y cooptación, que dependen de la ignorancia de los pueblos respecto de las razones que estimulan esta nueva ola de colonización.

En otras palabras, una educación “de mercado” que favorece al patriarcado, al racismo, al facismo y al capitalismo y a todas las formas de discriminación, está en la raíz de la degradación humana y requiere ser superada. Al entrenar a las personas a competir entre sí, para que se desconecten de la naturaleza común, la



Marcha em Porto Alegre. Foto: Leonardo Melgarejo

educación alienante oscurece el hecho de que todos los reclamos identitarios, los de los marginalizados por cuestiones de género, color, identidad, opción religiosa, edad, peso o lo que sea, configuran un mosaico único de falta de respeto a los seres, que sólo una expansión de la conciencia podrá corregir.

Y eso no ocurrirá sin luchas, sin sacrificios. Al final se trata de forzar correcciones históricas. Se trata de que construyamos mecanismos para que los grupos que han sido excluidos o relegados ocupen puestos de liderazgo (de gestión de instancias de poder republicano). Esto significa la alteración radical de la correlación de fuerzas que hoy escoge a los gestores que operan (y que se resistirán al cambio en defensa de las ventajas que usufructan como servidores del capital).

No será fácil porque esto exige recursos diversos, como expandir las cuotas de acceso a los espacios de formación básica, técnica y universitaria, en un gobierno que no consigue siquiera reducir la tasa de interés, lo que supone una transferencia de recursos de la sociedad a la minoría rentista. Todos sabemos que tales transformaciones llevarían a cancelar el desvío de esos recursos del presupuesto que, por ahora, favorecen la

corrupción y el clientelismo político mediante enmiendas parlamentarias impositivas.

Estamos entonces ante la necesidad de una revolución de la conciencia. Una reforma del sistema educativo que instigue la revocación de leyes que escamotearon los derechos universales de las personas que los detentores del poder consideran menos merecedoras del acceso a la condición humana.

Eso también nos encaminaría a ponerle fin a las privatizaciones, a recuperar los patrimonios para que no sean entregados al capital especulativo. Sería reconstruir la gestión de formas respetuosas en relación con los derechos, la cuestión ambiental y los bienes comunes, estimulando medidas punitivas en relación con la gente o los grupos que cometen, promueven o apoyan crímenes contra las bases de la vida.

Éstas son algunas de las recomendaciones que colecté durante la Conferencia. Y apuntan hacia una revolución educativa que configure la conciencia de los pueblos. Es un proceso lento, difícil, y a la vez es el producto final y el instrumento resultante de luchas emancipatorias contra el fascismo en todas sus expresiones.

¿Es posible? Sin duda.



El ejemplo es la victoria de los pueblos de la Amazonia (durante la COP30). Tras 30 días de ocupación de las instalaciones de Cargill —que, además de ser la segunda empresa privada más grande del mundo, contaba con el apoyo del Gobierno brasileño—, se logró la derogación del decreto 12600, que autorizaba la concesión y privatización de las vías navegables en la Amazonía Legal. Esto fue resultado de acciones efectivas, con bases espirituales conectadas a luchas ancestrales de los pueblos empeñados en construir un nuevo modelo de alianzas y relaciones con la sociedad local e internacional.

Es evidente que un suceso así contó con el apoyo del presidente Lula, pero no es menos cierto que el gobierno fue derrotado en su posición inicial y fue empujado por las acciones de la sociedad organizada, cuya potencia resultó de la unificación de luchas en curso con una noción básica conjunta: “cuando se amenaza a un territorio, se nos amenaza a todos”.

Eso demuestra que con valentía y determinación podemos transformar la realidad y, juntos, irnos deshaciendo, poco a poco, de las partes que el capitalismo intenta que nos traguemos a la fuerza.

En esta guerra contra la privatización del río Tapajós, que sería transformado en corredor logístico al servicio del capital, en canal de distribución de materias primas y en vector para la expansión de la destrucción acelerada de la Amazonia por parte del agronegocio, Auricélia Arapiuns describió el esfuerzo de su pueblo en la conferencia antifascista, con una frase directa y sencilla: “Solamente la lucha unificada es capaz de cambiar los rumbos de nuestra propia historia”.

La dimensión internacional de esta perspectiva también la puede ilustrar lo que pasa en Cuba. Al final, pocos se movilizan contra eso, pero no hay nadie que ignore que el imperio estadounidense intenta asfixiar al pueblo cubano por la postura de dignidad y compromiso con la solidaridad internacional que ahí se practica. También debe existir cierta vergüenza ante ese “mal ejemplo” de dignidad, que florece en sus compromisos de acceso pleno a condiciones superiores de educación, salud y alimentación, de la mejor calidad posible, si se la compara con el resto del mundo, y pese a las presiones del imperio y en comparación a lo que ofrece a su propio pueblo.

O como dijera el consul Benigno Pérez Fernandes, ¿Habrà alguien que pueda creer que las presiones del bloqueo a Cuba acontecen porque Cuba es “una amenaza a la seguridad nacional de los Estados Unidos de América”?

Finalizo retomando una idea de Glauber Braga, quien, durante la sesión inaugural de la conferencia, recordó que los desafíos que plantea la lucha contra el fascismo no nos exigen posturas optimistas o pesimistas. Es sólo mostrarnos decididos, con la certeza de que llegará el momento en que venceremos.

# Derechos de la Naturaleza en tiempos de guerra

**Esperanza Martínez**  
ACCIÓN ECOLÓGICA



***Desde mediados del siglo XX, los conflictos armados han estado atravesados por el control de reservas, rutas energéticas e infraestructura petrolera. El petróleo no es sólo un recurso en disputa: es el combustible material de la guerra, alimenta tanques, aviones, logística militar, y al mismo tiempo es uno de los principales botines de guerra. La guerra se libra por petróleo, con petróleo y sobre territorios petrolizados.***

Las guerras contemporáneas han perfeccionado su capacidad de contabilizar la muerte. Se registran cifras de bajas militares y civiles, se identifica la infraestructura destruida, se construyen balances diarios y televisados que pretenden medir el alcance del horror. Sin embargo, esta precisión revela siempre un vacío: se oculta sistemáticamente la devastación de la tierra y los ecosistemas.

La vida marina del Golfo Pérsico, aunque no tenga una biodiversidad exuberante en términos tropicales clásicos, sí es una biodiversidad especializada, resiliente y profundamente interdependiente. Es una lección de adaptación.

En un mar donde la temperatura puede superar los 35 °C y la salinidad es una de las más altas del planeta, hay arrecifes que funcionan como nodos de biodiversidad. Las praderas y manglares se conectan con ellos en una red ecológica compleja donde cada elemento sostiene al otro. Los dugongos, parientes de los manatíes, pastan en las praderas; los peces se reproducen en los manglares; las aves dependen de las zonas intermareales. En el 2023 fue descrita una nueva especie marina en el Golfo Pérsico: la Salwa's siren, un molusco parecido al caracol. Esto no sólo nos demuestra que aún desconocemos el mar y sus habitantes, sino que abre preguntas sobre la evolución. La Salwa's siren, no es solamente una especie nueva, es un nuevo género para la ciencia, una rama evolutiva interdependiente, con un proceso de adaptación evolutiva a condiciones extremas.

Los incendios petroleros, las refinerías bombardeadas, los oleoductos destruidos y los suelos impregnados de hidrocarburos no figuran en los balances oficiales. La

naturaleza no tiene un lugar en la contabilidad de la guerra. No tiene registro, no construye una agenda de contención y definitivamente, no de reparación.

Desde mediados del siglo XX, los conflictos armados han estado atravesados por el control de reservas, rutas energéticas e infraestructura petrolera. El petróleo no es sólo un recurso en disputa: es el combustible material de la guerra, alimenta tanques, aviones, logística militar, y al mismo tiempo es uno de los princi-

pales botines de guerra. La guerra se libra por petróleo, con petróleo y sobre territorios petrolizados.

Esta invisibilización responde a una lógica estructural: la naturaleza es tratada como un soporte sacrificable del sistema energético global. El petróleo, en este sentido, no sólo organiza la economía, también organiza la forma en que se distribuye la violencia. Hay territorios que pueden ser incendiados, contaminados o devastados.

Pero esta lógica no se limita a los escenarios de guerra declarada. Se reproduce, con otras intensidades temporales, con las economías extractivas en general, como son la minería legal e ilegal y la explotación petrolera. En estos territorios sacrificados, la violencia no desaparece: se normaliza.

Las explosiones en campos petroleros por las actividades de exploración sísmica, los "incendios permanentes" desde los mecheros, o los derrames accidentales o rutinarios, constituyen una forma cotidiana de agresión contra la naturaleza. No tienen la espectacularidad o el horror televisado de la guerra, pero sus efectos acumulativos son igualmente devastadores.

De manera similar, la minería reproduce una economía de guerra en los territorios: dinamita las montañas, envenena los ríos, reproduce la violencia armada en las zonas extractivas. En ambos casos —petróleo y minería— se trata de economías que operan mediante la transformación violenta de la materia viva en mercancía, sin cuestionar la estructura de acumulación y despojo que sostiene el extractivismo.

El petróleo ha sido históricamente un eje geopolítico de guerras y conflictos; mientras la minería, particularmente el oro y los minerales críticos, se consolidan como un activo estratégico que activa economías ilegales por su portabilidad y valor.

Desde los derechos de la naturaleza, un río contaminado por un derrame petrolero o por mercurio no es un recurso afectado, sino un sistema vivo vulnerado. Un bosque arrasado por la expansión extractiva no es una pérdida económica, sino una ruptura en la trama de la vida.



Reconocer esto implica también ampliar la idea de responsabilidad. No basta con identificar a quienes ejecutan la destrucción en territorio. Es necesario mirar hacia las cadenas globales de producción, consumo y financiamiento que la hacen posible. Implica agudizar la mirada desde el lugar de la explosión e integrarla con el sistema que la produce.

La guerra, aunque se nos presente como lejana, nos interpela de manera directa porque estamos atrapados en las mismas lógicas extractivas que la sostienen. No es un fenómeno externo: es la expresión más violenta de un sistema que organiza el mundo en función del control de recursos, territorios y energía.

**A**mérica Latina es un territorio vivo, tejido por la presencia de miles de culturas y pueblos que, a lo largo de siglos, han convivido, cooperado y coevolucionado con los ecosistemas y que resisten a las lógicas decoloniales de extracción y de destrucción de la naturaleza.

La presencia militar de Estados Unidos en América Latina va en aumento, con bases militares en algunos países en donde su presencia no redujo la violencia, al contrario la institucionalizó: Honduras, Perú, El Salvador, Colombia y con muchas operaciones militares justificadas como control de narcotráfico, control de migrantes, o inseguridad. Se sacrificaron costas, islas, selvas. Incluso en donde se han dado pasos históricos, como el reconocimiento

de los derechos de la naturaleza, la lógica de la guerra no se desactiva. Persiste, se infiltra, se reconfigura.

El artículo 5 de la Constitución del Ecuador dice: "El Ecuador es un territorio de paz. No se permitirá el establecimiento de bases militares extranjeras ni de instalaciones extranjeras con propósitos militares. Se prohíbe ceder bases militares nacionales a fuerzas armadas o de seguridad extranjeras".

Sin embargo Ecuador se ha convertido en un socio clave emergente con una plataforma geoestratégica inscrita como prioridad para los Estados Unidos: Galápagos. A pesar de que el pueblo ecuatoriano se pronunció en contra de establecer bases militares extranjeras en el país con un referéndum nacional realizado el pasado 16 de noviembre, la presencia del ejército estadounidense va en aumento.

Pasar de ser territorio de Paz a enclave militar no es una medida de seguridad: es una renuncia moral a la inteligencia ecológica y a la posibilidad de aprender, por ejemplo de Galápagos, uno de los lugares más singulares del planeta, un ecosistema donde la lógica es la armonía y la ayuda mutua.

Supone reducir territorios excepcionales de vida a objetos estratégicos de dominación y control geopolítico, con impactos fatales sobre todas las especies, por el ruido de las operaciones, los incendios, la contaminación, los desechos, los abusos: la violencia expresada en todas sus formas.

Cañada en un bosque de niebla en la Sierra de Puebla-Hidalgo, México. Foto: Dani Gar

***América Latina es un territorio vivo, tejido por la presencia de miles de culturas y pueblos que, a lo largo de siglos, han convivido, cooperado y coevolucionado con los ecosistemas y que resisten a las lógicas decoloniales de extracción y de destrucción de la naturaleza.***

# LA INVASIÓN TERRITORIAL Y LOS NUEVOS LATIFUNDIOS AGROINDUSTRIALES

**ALEJANDRO RUIZ/CEIBA**

*La Revolución mexicana prometió repartir la tierra entre quienes la trabajaban. La reforma agraria de los años noventa traicionó ese pacto: abrió la propiedad colectiva del campo a la privatización y con ella las puertas al acaparamiento. Esta reforma favoreció al Programa de Certificación de Derechos Ejidales y Titulación de Solares (Procede) que delimitó las tierras ejidales y comunales en distintos tipos: común, parceladas y asentamiento humano e incorporó mecanismos legales que son aprovechados por actores empresariales y políticos con mayor capital jurídico y económico.*

**A**unque históricamente las transacciones de tierras ejidales y comunales existían desde antes del Procede de 1992, la reforma institucionalizó la posibilidad de privatizar y acaparar las tierras con el cambio a dominio pleno, una figura legal que permite que un ejidatario convierta su parcela en propiedad privada. Esta reestructuración provocó que la tierra, antes comprendida como un bien comunal ligado a la reproducción social campesina, fuera vista como un derecho individual susceptible de transacción.

Para entender cómo es posible esta privatización, es necesario adentrarse en la arquitectura legal que la reforma de 1992 puso en marcha. Evangelina Robles, abogada agraria, integrante del Colectivo por la Autonomía y de la Red en Defensa del Maíz, en México, lo explica con la claridad de quien ha pasado más de dos décadas defendiendo territorios campesinos e indígenas.

“A mí me tocó ver cuando se dio la reforma agraria de aquel año, y uno de los temores principales era que se privatizara la propiedad social. En realidad, lo que ahora puedo ver con los años es que la gente mantuvo la tierra todavía en propiedad colectiva. La propiedad social en

México era mayor del 60 %. Las tierras que entraron al dominio pleno o a la propiedad privada eran tierras que en su mayoría ya estaban ocupadas por zonas urbanas o las ciudades se las habían comido”.

Actualmente, de acuerdo con el Censo Agropecuario 2022, levantado por el INEGI (Instituto Nacional de Estadística y Geografía), la propiedad social en México abarca 99.7 millones de hectáreas, equivalentes al 51 % del territorio nacional, distribuida en 29 760 ejidos y 2394 comunidades. Éstas constituyen no sólo el soporte físico de la producción rural, sino también un entramado de organización social, cultural y política que ha sobrevivido a siglos de transformaciones.

En más de dos décadas de reforma agraria, México tan sólo ha perdido el 9 % de la propiedad social que existía en 1992. Sin embargo, y aunque este 9 % puede no ser una cifra alarmante, en los últimos diez años se ha acelerado el despojo, privatización y acaparamiento de tierras de propiedad social. Este despojo es impulsado por el Estado mexicano que ha incrementado la especulación y presión sobre los territorios para desarrollos inmobiliarios, agroindustriales y energéticos.

En abril de 2025, en un informe confidencial al que Ceiba tuvo acceso, el Registro Agrario Nacional (RAN) enumeró huecos de la Ley Agraria que permiten que terceros transfieran derechos agrarios a personas afortunadas con posibilidad de convertirse en ejidatarios, y así accedan al ejido y utilicen tierras de uso común o las conviertan en parcelas o asentamientos humanos con opción a dominio pleno, es decir, privado. El informe es contundente, pues en México 10 personas concentran 6,697.5 hectáreas de propiedad social.

¿Qué significa esto en el territorio? Evangelina explica: “El ‘cambio de destino’ es una de las estrategias centrales. La asamblea decide convertir tierras de uso común —que antes eran para todos— en parcelas. Esas parcelas luego pueden ser vendidas a particulares o a empresas. Todo está dentro de la ley o al menos dentro de lo que la ley permite si se cumplen ciertos requisitos. Pero en la práctica, esos requisitos se saltan”.

El informe del Registro Agrario Nacional confirma la lectura de Evangelina. Es explícito al señalar que “el andamiaje normativo ha permitido que la concentración de tierras se realice a través de cambios de destino de tierras de uso común a parcelas, enajenaciones parcelarias, y la figura del dominio pleno”, y ejemplifica el fenómeno con los datos, al señalar que 202 personas concentran 208 006.55 hectáreas en parcelas, y 209 concentran 130 871.8 hectáreas de asentamiento humano.

El informe del Registro Agrario señala que se detectaron datos inconsistentes. Entre las anomalías encontradas están sujetos agrarios con Claves de Población apócrifas que no pudieron ser validadas en el Registro Nacional de Población, sujetos fallecidos que aún aparecen con derechos activos, parcelas de grupo con un solo titular activo para eludir el límite de superficie, y acuerdos de asamblea que autorizan el dominio pleno antes de que las parcelas existan.

Evangelina ha visto de cerca cómo la agroindustria transnacional ha transformado territorios enteros en las últimas dos décadas. En los ejidos San Gabriel y Sayula, al sur de Jalisco, a un costado del océano Pacífico, ahí los campesinos históricamente se han dedicado a la producción agrícola de jitomate y hortaliza; sin embargo, “en los últimos quince años esto cambió a agroindustria transnacional”.

“Empezaron a rentar tierras o a apropiarse sobre todo de los usos comunes que la gente veía como tierras abandonadas, sin uso. Se generó mucho el discurso de que era un desierto donde no había nada. En los últimos quince años todo esto se llenó de invernaderos transnacionales. Ya son más de 2 mil hectáreas en los municipios de San Gabriel, Tolimán y Tuxpan de pura agroindustria”.

La expansión de la agroindustria en México no es un fenómeno aislado. Mientras regiones como el noroeste —Chihuahua, Sonora, Sinaloa y Nayarit— se consolidaron como el motor de la agricultura tecnificada y de exportación, otras regiones vieron transformarse sus sistemas productivos tradicionales bajo la presión de nuevos actores corporativos.

Tres cultivos condensan las contradicciones del modelo. El maíz, base de la dieta nacional y símbolo de la soberanía alimentaria, es hoy el principal producto importado: México compró en noviembre de 2024 más de 408 millones de dólares en maíz amarillo, destinado casi en su totalidad a la industria ganadera, no al consumo humano. El aguacate, por otro lado, provocó que Michoacán y Jalisco enviaran al exterior más de 175 millones de dólares en un solo mes, pero con un costo que incluye deforestación, acaparamiento de agua y violencia en los territorios productores. Y el agave, que vivió un *boom* especulativo cuando el precio alcanzó los treinta pesos por kilo, dejó tras de sí ejidos endeudados, tierras hipo-





En la Feria de Semillas de Reedsag en Cantel, Guatemala

teadas y campesinos que firmaron contratos leoninos con empresas tequileras que desaparecieron cuando el precio colapsó a menos de cincuenta centavos.

La mayor parte de esta producción es acaparada por empresas intermediarias ligadas a las ABCD: Archer Daniels Midland, Bunge, Cargill y Louis Dreyfus, empresas que controlan la mayor parte del comercio mundial de cereales y oleaginosas, y operan como si fueran un reloj de arena: en un extremo hay millones de productores dispersos; en el otro, miles de millones de consumidores; y en el estrecho túnel del medio, ellas. Son las que fijan los precios de referencia globales, las que deciden cuándo y a qué costo llega el alimento a los puertos mexicanos, las que imponen las condiciones a los productores nacionales.

En esta estructura, el campo mexicano no compete: se somete. Cuando los precios internacionales suben, la inflación golpea a quienes destinan más de la mitad de su ingreso a comprar alimentos; cuando bajan, los productores locales no pueden sostener sus cosechas. En ambos casos, la tierra se vuelve un activo más para la especulación, y los ejidos se convierten en el blanco fácil de quienes buscan ampliar sus cadenas de suministro con especializaciones productivas que, de acuerdo con Evangelina, “tienen efectos múltiples y encadenados”.

“Con maquinaria desaparecen toda la cobertura vegetal, modifican el suelo y hacen su cultivo. Toda la diversidad que había ahí desaparece al cien por ciento. No queda ni una planta”.

Ella recuerda un caso en el ejido San Isidro, también en Jalisco. Recibía agua de tres manantiales, ahora dos

están en manos de una empresa aguacatera y el tercero ya no tiene agua. A la comunidad le tienen que llevar agua con pipas dos veces a la semana. Este caso, reflexiona,

también demuestra que la agroindustria no sólo acapara agua y suelo, sino también la posibilidad de producir alimentos de manera autónoma.

“Los ejidatarios de más arriba no rentaron sus tierras, pero pierden el acceso a su parcela porque las empresas aguacateras les cierran los caminos. Cuando logran ingresar en burros, esquivando a las aguacateras, su parcela o su área de uso común ya es una aguacatera. Están siendo invadidas las tierras”.

**E**n los últimos años ha emergido otra forma de acaparamiento aún más esquiva: la agricultura por contrato.

Uno de estos casos ocurre en el ejido San Vicente, en la Península de Yucatán. Empresarios limoneros y de la pitaya llegaron con una oferta que no buscaba la propiedad de la tierra, ni siquiera la posesión formal. Ofrecieron a los campesinos un pago por sembrar su producto, asegurando que ellos lo comprarían, pero estableciendo que no podrían sembrar otra cosa en su territorio.

“A las empresas ya no les interesa la propiedad de la tierra y a veces ni la posesión. Lo que les interesa son los recursos que hay en ella. En muchas páginas web



Foto: Redsag

son muy transparentes y dicen: ‘Nuestra prospección en esta región es de quince o de veinte años porque los recursos de agua, de suelo o de personas solamente van a soportar eso’”, comenta Evangelina.

Recuerda otro caso más en la región del agave para tequila, en Jalisco. Ahí, cuando hubo un *boom* del precio —treinta pesos el kilo—, las empresas ofrecieron rentas atractivas. “Primero llegaron unos y les decían a los campesinos: ‘Te vamos a pagar 10 mil pesos la hectárea para rentarla por siete años’. A esos por suerte les pagaron, pero luego cayeron otros empresarios que les dijeron a los campesinos ‘te pagamos en el primer año’, y a esos ya no les pagaron. Los que llegaron a rentarles las tierras se esfumaron, y de pronto ya había una empresa en posesión de su tierra”. El resultado es una posesión de facto que el derecho agrario no alcanza a regular.

El avance de la agroindustria y la agricultura por contrato revela un problema estructural de fondo en México: la única alternativa para defender la propiedad social es volver al planteamiento que Emiliano Zapata dibujó durante la revolución mexicana: “la tierra es de quien la trabaja”.

Sin embargo, el panorama actual muestra que no hay políticas públicas eficientes que se encaminen a fortalecer a las comunidades campesinas para que esto sea una realidad. El único esfuerzo que actualmente existe en el país es el programa *Sembrando Vida*, iniciado en 2019.

Pero el programa, si bien intenta reactivar las hectáreas con potencial productivo sin aprovechar, trabajando desde la producción campesina individual y operando en la escala de las familias, para Evangelina esto significa la desestructuración de los espacios colectivos. La transferencia económica de 6 mil pesos mensuales que da el programa se entrega de manera individual a cada productor, no a la asamblea ejidal o comunal.

“Disgregar los apoyos para el campo fue un golpe muy duro para las comunidades y ejidos. El problema no es menor pues decidieron dar el dinero uno por uno a cada ejidatario en lugar de darlo a la asamblea. Según, la razón era evitar corrupción, pero esto no acaba ahí, pues aun así el fenómeno persiste. Lo que sí es que están acabando con los espacios de discusión y organización colectiva de los campesinos. Están acabando con

sus asambleas, pues ya no hay una razón más para que se reúnan. Les quitó fuerza a las asambleas”.

La asamblea ejidal es el órgano supremo del ejido, donde se construye lo colectivo, se deciden los destinos del territorio y se distribuyen los recursos. Es un espacio en disputa. Al individualizar los apoyos, reflexiona Evangelina, el Estado debilita esa estructura que podría resistir el acaparamiento y, además, no hay una ruta clara que oriente cómo evitarlo.

“Está muy difícil para el Estado mexicano lograr cambios. Tendrían que cambiar completamente su política y no financiar la agroindustria transnacional. Pero estamos atados de manos con todos los tratados firmados a nivel internacional que tienen que ver con el comercio”. Pone dos ejemplos que desnudan las contradicciones del modelo:

“En 2013 encontraron 273 personas en situación de esclavitud en empresas agroindustriales del sur de Jalisco. La empresa llegó y encontró a personas que puso a trabajar sin pago, y además les invadió sus tierras. Cuando el caso se ventiló apareció el gobierno federal, y en vez de sancionar a la empresa, les dio 10 millones de pesos para subsanar y mejorar las condiciones de sus empleados. ¿Cómo no va a ser negocio todo esto, si invades tierras, si no estás pagando las concesiones de agua, si tienes trabajo esclavo y aparte te dan subsidios?”.

El segundo es una historia extensa y compleja.

La historia comienza el 23 de agosto de 1939, cuando el presidente Lázaro Cárdenas del Río firmó una resolución presidencial que dotaba al ejido San Isidro de 536 hectáreas. Pero la ejecución del decreto quedó trunca: los campesinos sólo recibieron 256 hectáreas. Las 280 restantes, correspondientes a una hacienda antigua, fueron entregadas a otros núcleos agrarios en una serie de traspasos y ventas apócrifas que, con el tiempo, llevaron a que en 1994 fueran adquiridas por Nutrilite, una división de la transnacional estadounidense Amway, propiedad de la familia DeVos (la misma de Betsy DeVos, secretaria de Educación durante el primer gobierno de Donald Trump).

Durante décadas, muchos campesinos empobrecidos por la falta de tierras tuvieron que trabajar como jornaleros en los mismos campos que alguna vez les pertenecieron. Aun así, mantuvieron viva la lucha legal. En 2017, impulsaron una denuncia ante la Organización de las Naciones Unidas, donde lograron demostrar que Amway-Nutrilite había violado los derechos humanos de los campesinos a la propiedad, el agua, la dignidad, el libre tránsito y el territorio. El Tribunal Permanente de los Pueblos había recibido ya en 2012 una denuncia sobre las afectaciones ambientales de la empresa: contaminación del agua, daños a la salud, casos de cáncer e insuficiencia renal en la región.

La lucha jurídica dio frutos. En abril de 2022, la Secretaría de Desarrollo Agrario, Territorial y Urbano (Sedatu)

ordenó la ejecución complementaria de la resolución presidencial de 1939. El 30 de junio de ese año, las autoridades federales comenzaron el deslinde de las 280 hectáreas para restituirlas al ejido. Después de cuatro generaciones, los campesinos recuperaban el territorio que les había sido arrebatado. El plan era convertir ese espacio en “una parcela colectiva, una restauración ambiental de las áreas de arroyos”, un proyecto alternativo frente a la agroindustria.

La reacción de Amway fue presentar una controversia bajo las reglas del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN), exigiendo al Estado mexicano una indemnización de casi 3 mil millones de dólares por la expropiación de sus inversiones. Argumentaba que México había tomado tierras privadas sin compensación justa.

En enero de 2026, un tribunal internacional desestimó la demanda. La decisión fue técnica pero contundente: las reglas comerciales bajo las cuales Amway había presentado su queja ya no estaban vigentes ya que el TLCAN fue reemplazado por el T-MEC en 2020. El tribunal no sólo rechazó los miles de millones de dólares que la empresa exigía, sino que la condenó a pagar cerca de 1.3 millones de dólares por los costos legales y de arbitraje del Estado mexicano.

“La empresa, que según su escritura compró las tierras ‘sabiendo que son del régimen ejidal’, presentó tres amparos y una controversia en el marco del tratado de libre comercio”, explicó Evangelina. “Imagínate el Estado mexicano, ¿qué puede hacer contra eso? Si decide no dar inversión a las empresas transnacionales o recuperar y darle fuerza a los ejidos y comunidades, las empresas se van a ir contra el Estado”.

**A** pesar del panorama sombrío, hay razones para la esperanza. Esa esperanza, dice Evangelina, está en la propiedad social de la tierra. “No es nada más un pedazo de parcela que cultivas y te da algo. No es una mercancía. Es en realidad el territorio con todo el significado amplio o integral de la palabra. Es el espacio donde los colectivos indígenas o campesinos o rurales pueden desarrollarse como pueblos”.

Ese territorio, explica, “está compuesto no solamente por parcelas productivas, sino por un sistema complejo que reproduce la vida: bosques, selvas bajas caducifolias, semidesiertos donde se reproduce el agua, la flora, la fauna, la biodiversidad. Se reproduce la vida para todas y todos”.

La defensa de la propiedad social, sostiene, es un logro de la Revolución mexicana que hoy resulta más vigente que nunca.

“Cuando se logró la Revolución y la Reforma Agraria, no solamente se dotó de tierra al campesino, se le dotó también de montes y aguas. Y eso en colectivo es lo

que ha permitido que, aun con este panorama, más del 50 % del territorio en México esté en propiedad social y que tengamos tantos bosques, selvas y desiertos que se han mantenido y que permiten ser el centro de biodiversidad no solamente del maíz, sino de tantas plantas y animales”.

Detrás de esa conservación hay una presencia fundamental: la de los pueblos originarios y campesinos que han habitado y cuidado esos territorios durante siglos. Los datos censales lo confirman: el Censo Agropecuario 2022 reveló que cuarenta y seis de cada cien productores agropecuarios se consideran indígenas, lo que equivale a más de 2.1 millones de personas que gestionan la tierra desde sus conocimientos y prácticas tradicionales.

En un mundo donde “todo es mercancía para los capitales, para las empresas, para los Estados”, la propiedad social se erige como un bastión. “La única manera que tenemos es trabajar de manera colectiva, en asambleas. Sí aún hay control del territorio, pues hay esperanza”, recalca Evangelina. “En el tema de la defensa de las semillas del maíz hemos concluido que no queremos ningún tipo de legislación porque cada vez que regulan algo, es porque quieren apropiárselo. Pero bueno, pensemos un mundo idílico donde sí nos tomen en cuenta. En el tema agrario yo le daría eje central a la propiedad social. Volvería a hacer reparto agrario. Así de simple y contundente, porque yo creo que no se puede pensar en regulaciones chiquitas de lo que ya hay. Está todo hecho para desamortizar la propiedad agraria”.

La propiedad social no ha desaparecido. Está sitiada, pero sigue en pie. En los ejidos de la península de Yucatán, los acaparadores continúan acumulando títulos. En las montañas de Sonora, las minas siguen extrayendo minerales de tierras que no les pertenecen, mientras sus dueños se amparan para no pagar. En los valles de Jalisco, la agroindustria sigue expandiendo sus invernaderos sobre suelos que alguna vez fueron de uso común. Y en las asambleas ejidales, cada vez más vacías, la memoria de lo que fue la tierra colectiva se desvanece con cada generación que emigra.

Pero también, en la parcela autogestionada de campesinos mayas, en los tribunales agrarios donde ejidos como El Bajío ganan sentencias históricas, en las redes de defensa del maíz que resisten la imposición de transgénicos, y en la lucha cotidiana de millones de campesinos e indígenas que aún mantienen la tierra en común, hay una respuesta silenciosa pero firme. La defensa de la propiedad social ganada a partir de la Revolución Mexicana es, como dice Evangelina, lo que ha permitido que en México todavía haya esperanza.

\* Ceiba contactó a la Procuraduría Agraria y le envió un cuestionario para conocer su posición respecto a los temas que se plantean en este reportaje. Hasta el cierre de esta edición no recibimos sus respuestas.



A 30 AÑOS DE LA PRIMERA SOJA TRANSGÉNICA:  
**UN EXPERIMENTO  
MASIVO A CIELO  
ABIERTO**

18

**Darío Aranda**

*Provocó un punto de inflexión en el modelo productivo de Argentina y fue cabeza de playa para los transgénicos en el Cono Sur. En un trámite exprés, alineado con Estados Unidos y Monsanto, el gobierno de Carlos Menem aprobó la semilla de soja transgénica que en poco tiempo sería monocultivo y, casi, monocultura. Miles de familias desalojadas de sus territorios, millones de hectáreas arrasadas, epidemias de enfermedades vía agrotóxicos y, también, la persistencia de sembrar otro modelo. Tres décadas de modelo transgénico.*

Foto: Matías Sarlo / Minga: Semillero de Imágenes Libres del Sector Campesino, Indígena y Cooperativo





Foto: Nicolás Pousthomus / Minga: Semillero de Imágenes Libres del Sector Campesino, Indígena y Cooperativo

**M**iles de millones de dólares. Es el aspecto que destacan los impulsores del modelo de agronegocio, con la soja transgénica como estandarte. Del otro lado de la balanza: epidemias de enfermedades en territorios fumigados con agrotóxicos, concentración de tierras en pocas manos, desaparición de 83 mil hectáreas de pequeñas y medianas chacras, destierro de miles de familias rurales, ocho millones de hectáreas de bosque nativo arrasados, contaminación de agua, aire y tierra. Y, a pesar de todo, la decisión colectiva de organizarse, exigir justicia, sembrar vida y, en definitiva, construir territorios de dignidad.

### Política de Estado

Fue el 25 de marzo de 1996. En la calle Paseo Colón 982, en la Secretaría de Agricultura, el entonces secretario Felipe Solá firmó la autorización para la comercialización y siembra de la semilla de soja modificada genéticamente de Monsanto. Fue a libro cerrado, con “estudios” de la propia empresa estadounidense y en un trámite exprés: 81 días para una luz verde que iba a impactar en millones de hectáreas y vidas. Fue el primer transgénico aprobado en el Cono Sur (luego entraría ilegalmente a Brasil, Uruguay, Paraguay y Bolivia).

Todos los gobiernos, desde Carlos Menem hasta la actualidad, fueron impulsores de ese mismo modelo (agronegocio), que tiene como estandarte a la soja y el uso de agrotóxicos. El más conocido de los venenos, pero no el único, el glifosato.

Las hectáreas con soja pasaron de seis millones en 1996 a las actuales 18 millones, con un pico de 21 millones de hectáreas en el 2015. El uso de agrotóxicos se disparó de forma geométrica: 500 millones de li-

tros, un promedio de 12 litros por persona al año. Las exportaciones se multiplicaron, las camionetas 4X4 se reprodujeron por la Pampa Húmeda, los dólares para “sostener” la economía dependiente llegaban, la inversión en “ladrillos” de chacareros crecía, la monocultura transgénica se instalaba.

Los mayores ganadores fueron Las grandes empresas de semillas y agrotóxicos. Bayer/Monsanto, Syngenta-ChemChina, Corteva (Dow/DuPont) y BASF; Las corporaciones agroexportadoras: Cofco, Cargill, Bunge, Dreyfus, Viterro y AGD; Sus aliados locales: las auto-denominadas “entidades del agro” (Aapresid, Sociedad Rural, CRA, Coninagro, Federación Agraria), grandes medios de comunicación y periodistas adictos, ciencia hegemónica y extractiva, gobierno de turno (municipales, provinciales, nacionales).

Un punto de quiebre fue 2008, con la ya histórica Resolución 125. Como nunca antes, “el campo” se volvió tema de agenda nacional y discusión pública. De repente, habitantes de ciudades que sólo tenían tierra en macetas salieron en defensa de empresarios millonarios con miles de hectáreas en las zonas más caras del país.

El agronegocio salió triunfador de una disputa donde el eje de la discusión fue quién se quedaba con una porción más de la torta, quién capturaba más “renta”. Ninguno de los sectores en disputa puso en discusión lo central: el modelo agropecuario.

### Un modelo con amplias consecuencias

Entre 2002 y 2018 se perdieron 83 mil chacras. Es una forma de decir de cómo los más grandes se comieron (o mataron) a los más pequeños. Cambió la estructura agraria del país. El desierto verde y el vaciamiento del

campo avanzaron tan rápido como la especulación de los pooles de siembra y los productores que sólo priorizaban los dólares de Europa y Asia. Argentina cosechó cada vez menos alimentos para el mercado local, y produjo cada vez más commodities para los chanchos y aves de Asia y Europa. El capitalismo agrario mostró su rostro, y su hacer, sin piedad.

- Miles de familias campesinas e indígenas desalojadas de sus territorios de vida.
- Ocho millones de hectáreas de monte nativo arrasadas ubicaron a Argentina entre los primeros cinco países en destrucción de bosques.
- Judicialización, represión y asesinatos en el campo. Entre los casos más extremos (no los únicos): los crímenes de Sandra Ely Juárez, Cristian Ferreyra y Miguel Galván.
- Contaminación. Se confirmó la contaminación con agrotóxicos se suelos, aire, agua y cuerpos, incluso de personas que viven en ciudades. Se hicieron común situaciones distópicas como la presencia de más agroquímicos en el río Paraná que en un campo sojero, o agua de lluvia con glifosato —por tanto venenos en la atmósfera.
- Más de mil estudios científicos confirman las consecuencias del glifosato (es sólo uno de las decenas de agroquímicos utilizados).
- La epidemia de enfermedades vinculadas a los agroquímicos se multiplican en las zonas con uso masivo de venenos. Una de las pruebas más contundentes es el trabajo del Instituto de Salud Socioambiental de la Universidad de Ciencias Médicas de Rosario (UNR). Durante siete años visitó ocho localidades de Santa Fe y confirmó un combo de enfermedades vinculadas a los agrotóxicos: cáncer, abortos espontáneos, enfermedades renales, malformaciones, problemas endócrinos e hipotiroidismo. La investigación, publicada en la revista científica internacional *Clinical Epidemiology and Global Health* (Epidemiología Clínica y Salud Global), da cuenta del riesgo: los jóvenes que viven en pueblos fumigados tienen 2,50 veces más posibilidades de padecer cáncer de aquellos que no viven en pueblos del agronegocio.

### Engranajes del modelo

El aparato propagandístico creció a la par de las hectáreas fumigadas. Los diarios *La Nación* y *Clarín* fueron pioneros, pero no los únicos: radios, sitios web, “periodistas especializados”, programas de televisión. Todo un aparato mediático al servicio del agro transgénico, financiado por... las empresas transgénicas.

Sector hegemónicos de “la ciencia” estuvieron al servicio del modelo. Desde el Ministerio de Ciencia

hasta el Conicet y universidades nacionales. Casos obscenos:

- El ministro Lino Barañao afirmó que el glifosato era como “agua con sal”.
- La “reconocida” científica Raquel Chan —financiada por Conicet, Universidad del Litoral y la empresa Bioceres— co-responsable de que las familias argentinas sean las primeras en el mundo en comer trigo transgénico, cultivado con el peligroso herbicida glufosinato de amonio.
- La Facultad de Agronomía de Buenos Aires (FauBa) financiada abiertamente por multinacionales del agro.
- La Comisión Nacional de Biotecnología (Conabia), espacio “científico-técnico” que aprueba los transgénicos funcionó escondida durante dos décadas. Sus integrantes e informes eran confidenciales. Hasta que salió a la luz los nombres de la corrupción científica: en Argentina, las propias empresas que venden los transgénicos son las mismas que los aprueban, ya sea con sus empleados directos o con científicos y funcionarios adictos. Ya llevan aprobados más de 90 semillas transgénicas (soja, maíz, papa, algodón, alfalfa, trigo), siempre en base a estudios de las propias multinacionales que las comercializan.

### Luchar y sembrar vida

“Disculpen las molestias, estamos bloqueando un genocidio”, explica la bandera colgada en el predio donde Monsanto, la mayor multinacional del agro, construye su planta de maíz transgénico. Año 2012. Localidad de Malvinas Argentinas, Córdoba.

Y se inicia una lucha que transcurriría durante cuatro años e incluiría represiones, judicialización, peleas de familias y de vecinos, más represiones, manejos clientelares del municipio y la gobernación. Se padeció mucho. El objetivo de los vecinos y vecinas: que la corporación no se instale: “No a Monsanto en Córdoba y América Latina”, fue una bandera de la lucha.

Llegaban investigadores y periodistas de diversas partes del mundo para ver cómo era el pequeño pueblo que estaba dando esa batalla, encarnada en el protagonismo de la Asamblea Malvinas Lucha por la Vida.

Luego de cuatro años, bloqueo de la fábrica mediante y paralización de la construcción, Monsanto se fue de Malvinas Argentinas. Corrección: Monsanto fue echada de Malvinas Argentinas.

Es, sin dudas, una de las mayores victorias contra el agronegocio. Pero no la única. Hay Movimientos campesinos, indígenas y organizaciones que resisten al agronegocio y siembran otro modelo. Organizaciones y asambleas que denuncian a los fumigadores, los llevan a juicio, logran condenas y construyen agroecología. Las

miles de hectáreas de producción sin venenos, la recuperación de tierras militares donde hoy se construye comunidad, las escuelas campesinas, la expropiación de tierras a multinacionales y las colonias agroecológicas. Las más de 60 Cátedras de Soberanía Alimentaria en universidades públicas y la ciencia digna para el bienestar del pueblo.

De marzo de 1996 a marzo de 2026. Tres décadas de un modelo transgénico con innegables y amplias consecuencias sociales, ambientales y sanitarias. Pero

también tres décadas de rebeldías colectivas que sembraron, y siembran, vida y dignidad.

*\*"Un experimento a cielo abierto".*

Definición de Andrés Carrasco para referirse al agronegocio y el modelo a base de agrotóxicos.

*marzo 23, 2026*

Foto: Anne Pouchard Serra / Minga: Semillero de Imágenes Libres del Sector Campesino, Indígena y Cooperativo



# LA INVASIÓN ESPAÑOLA, ESCLAVITUD TAÍNA Y AGRICULTURA

22

**Nelson Álvarez Febles**<sup>1</sup>

Los españoles comienzan la colonización/invasión de la isla de Borikén, hoy Puerto Rico, en el 1508. Sus poblaciones fueron rápidamente sometidas, a pesar de la resistencia feroz, víctimas de un genocidio despiadado. Aquí queremos rescatar la grandeza de aquellos pueblos caribeños, de los cuales no se conoce tanto en el resto de las Américas.

La ocupación española del archipiélago de Borikén fue dirigida por el castellano Juan Ponce de León en

1511. Los españoles pasaron hambre al inicio de la invasión de las islas antillanas cuando no pudieron trasplantar su agricultura y alimentación de los climas templados peninsulares al Caribe tropical. Una vez agotada bastante rápido la extracción del oro, y ante la dificultad ya experimentada en otras islas para establecer una agricultura propia del clima templado continental, los invasores obligaron a los indígenas a proveerles alimentos para subsistir. Nos cuenta el profesor Cruz Miguel Ortíz Cuadra:

...la agricultura alimentaria quedó en manos de los pobladores originarios. De igual modo, la inadaptabilidad de algunos cultivos europeos a esta zona agroecológica reafianzó el papel de ciertos alimentos para los cuales las poblaciones originales sí tenían saberes agrícolas desa-

<sup>1</sup> Tomado del libro del autor: *Puerto Rico, isla agrícola: taínos, jíbaros y campesinos*, Publicaciones Gaviota, 2025. Puertorriqueño, Álvarez Febles es ecólogo social, especializado en agroecología.



rollados, como el maíz y la yuca. Por temor a morir de hambre, ambos alimentos pasaron a componer parte importante de la dieta de los primeros colonos, y se convirtieron en parte de los cultivos alimentarios en las tierras recién exploradas.<sup>2</sup>

Frecuentemente éramos el primer puerto al que llegaban los barcos tras cruzar el Atlántico —con las bodegas vacías o la comida dañada— antes de continuar viaje hacia otras islas y las conquistas en tierra firme, el llamado *nuevo continente americano*. Sostenemos que, más allá de una breve fiebre del oro boricua durante los primeros años, los taínos fueron esclavizados por su agricultura. El pan casabe hecho de la yuca, de características nutricionales comparables con el pan de trigo, sirvió para sostener a los invasores. Se le exigía como tributo a los taínos y se usó para reponer las existencias de los barcos que llegaban de España, para luego continuar a la conquista de nuevos territorios.

Juan Ponce de León, el primer gobernador español, ya en el 1510 hizo varios ‘repartimientos y encomiendas de indios’. Se incluían en los repartimientos ‘cargas de pan casabe’, el nuevo alimento para los españoles. Así se fueron repartiendo tierras, comida e indios como esclavos a través de las islas del archipiélago.

Cuando invadieron a Borikén los españoles describieron que los taínos utilizaban una variedad de sistemas agrícolas complejos, adaptados a los distintos ecosistemas locales:

- Tala y quema: antiguo sistema de rotaciones de cultivos
- Várzea: cultivo de las márgenes inundables de los ríos
- Xagüeyes: cultivo en huecos o terreno calizo
- Acequias: cultivo en terrenos con canales
- Conucos: cultivos cerca de los poblados, por lo general en montones o terraplenes
- Terrazas: cultivos en las laderas de las montañas

Fueron documentadas fincas taínas, *conucos*, con miles de montones. El colonizador Cristóbal de Sotomayor menciona un conuco con 70 mil montones, perteneciente al territorio del cacique Agüaybaná; según mis cálculos, sería una finca de unas 40 hectáreas, sembradas de yuca, batata, muchos otros cultivos comestibles, plantas medicinales y árboles frutales. Los españoles obligaron a los taínos a sembrarles enormes conucos para sobrevivir en un territorio que les era extraño y

hostil, y además para suplir las bodegas de los barcos que recalaban en el archipiélago.

Los españoles llamaron *huertos* a las siembras cercanas a los *yucayeques* o aldeas, comunes en las culturas que habitan los busques en el cinturón tropical del planeta. Éstos son espacios de siembra cerca de las aldeas y las casas, por lo general sembrados y cuidados por las mujeres, donde se cultivan plantas medicinales, condimentos, frutales y algunos alimentos de uso común como batatas, calabazas, pimientos y ajíes. También son espacios de integración y adaptación de cultivos y variedades producto del intercambio entre vecinos y comunidades. Tuve la oportunidad de conocer siembras de este tipo cuando viví y fui agricultor en Maunabo en Puerto Rico, a finales de los años setenta, en comunidades donde aún se practicaban muchas estrategias agrícolas y de sustento jíbara campesinas: sostenemos que tienen gran parte de su origen en herencias taínas, con influencias africanas y españolas.

Otro aspecto que la historiografía contemporánea rescata es la importancia de las mujeres en las sociedades taínas. Contrario a la docilidad con que han sido descritas, las taínas eran expertas agricultoras, recolectoras y elaboradoras de alimentos, bebidas, medicinas, venenos y otros derivados agroalimentarios. Más allá de la retórica española de una supuesta evangelización y civilización de los *salvajes*, en los invasores imperó el afán de extracción de riquezas. La mujer taína fue separada de sus compañeros, sometida por aquellos



<sup>2</sup> Ortíz Cuadra, Cruz Miguel (2006). Puerto Rico en la olla: ¿Somos aún lo que comemos? Ed. Doce Calles, Madrid. Pág. 36.

hombres que llegaban sin mujeres, como mano de obra esclava y explotada sexualmente en la creación de un mestizaje para destruir la raza taína. La reducción de la natalidad taína (en ocasiones las mujeres se negaron a parir para los españoles), unido a la violencia, enfermedades nuevas como la viruela, las guerras y el exilio a otras islas del Caribe, cuajó el genocidio.

En el año 1511 hubo varios levantamientos de los taínos contra los invasores. De los más de cien mil taínos que consideramos que habitaban el archipiélago al momento de la invasión (algunos autores estiman muchos más), en poco tiempo probablemente quedaron pocos miles. A décadas de la invasión de Borikén, los censos apenas contabilizaron decenas de indios, lo que dio comienzo al mito del exterminio. Sin embargo, el historiador Jorell Meléndez-Badillo escribe:

Desaparecer de los archivos y de la historia puede haber significado sobrevivir al empuje genocida de la conquista. En las comunidades que los pueblos indígenas crearon en los márgenes de las sociedades algunos de ellos entablaron amistad con otro grupo de personas que escapaban de la violencia incalificable del proyecto colonial español: los afrodescendientes que huían de la esclavitud.<sup>3</sup>

En los censos hasta el s.18 continuaron apareciendo poblaciones indígenas, por ejemplo, 2 mil 300 en un censo de 1797. Los funcionarios no se adentraban en las montañas *selváticas* y *guácaras* (cuevas) a contar la verdadera presencia de los indios en aquellas regiones, donde se refugiaron los taínos sobrevivientes. Mientras tanto, según evidencia recopilada por el historiador Juan Manuel Delgado, hasta tan tarde como en el Siglo XIX se encuentran documentos oficiales describiendo a individuos como “indios” o “indias”. El arqueólogo y profesor Reniel Rodríguez Ramos sostiene que “La narrativa histórica que se ha tenido por siglos sobre un exterminio total de los pobladores originarios de Puerto Rico es *una falacia*,” y añade “La erradicación histórica de los primeros pobladores de las Antillas fue, y sigue siendo, *una estrategia política*.”

El historiador Eugenio Fernández Méndez sostiene que los sobrevivientes vivieron separados de los españoles hasta el s.18, cuando comenzaron a mezclarse con españoles y negros. Hacia finales del siglo se encontraron poblaciones puras de taínos en las alturas de San Germán, en las Indieras. En 1787 se identifican mil 200 taínos en aquellas tierras, fuera de la influencia española. Después de todo, fueron los taínos los que tenían los conocimientos, los nombres, las prácticas y las semillas para habitar aquellos bosques que para los invasores eran selvas salvajes.

La amplitud de la integración y el manejo responsable de la naturaleza durante la colonización, las complejas mitologías y cosmogonías, el desarrollo lingüístico, los conocimientos científicos sobre flora, fauna y astrología, agricultura, alimentación, todo eslabonado en sociedades organizadas, y la extensa evidencia de asentamientos en toda la geografía del archipiélago atestiguan una presencia taína mucho más robusta, compleja y extensa que lo que la historia oficial ha reconocido. Manipular la historia para negar a las poblaciones autóctonas fue algo deliberado para justificar la ocupación del territorio supuestamente virgen e inhabitado, y todo lo que existía: flora, fauna, minerales, tierras y la gente. Es innegable la destrucción sistemática del pueblo taíno, así como de tantos pueblos en las Américas.

Los habitantes de archipiélago de Borikén fueron obligados a proveer importantes cantidades de alimentos, bajo amenazas y gran violencia, para que los primeros españoles no murieran de hambre y pudieran reponer las bodegas de sus barcos. La agricultura familiar y agroecológica que en la actualidad se practica y promueve en Puerto Rico incorpora muchas técnicas y siembras que, sostenemos, tienen su origen en la agricultura jíbara campesina tradicional, la cual a su vez tiene sus raíces en los taínos y pueblos originarios.

[alvareznelson@hotmail.com](mailto:alvareznelson@hotmail.com)



3 Jorell Meléndez-Badillo. 2024. *Puerto Rico: historia de una nación*. Planeta/Princeton University Press.

**La revista *Biodiversidad, sustento y culturas* en versión digital se encuentra en:**  
<https://grain.org/es/category/91> y en [www.biodiversidadla.org/Revista](http://www.biodiversidadla.org/Revista)

**La Alianza Biodiversidad también produce Biodiversidad en América Latina:**  
<http://www.biodiversidadla.org>

**La Alianza está compuesta actualmente por movimientos y organizaciones clave que están activos en estos temas en la región:**

Acción Ecológica, Ecuador (<http://www.accionecologica.org>)

Asociación Nacional de Fomento a la Agricultura Ecológica (Anafae), Honduras  
([www.anafae.org](http://www.anafae.org) y [www.redanafae.com](http://www.redanafae.com))

BASE-IS, Paraguay (<http://www.baseis.org.py/>)

Campaña Mundial de la Semilla de Vía Campesina América Latina (<http://www.viacampesina.org>)

Centro Ecológico, Brasil (<http://www.centroecologico.org.br/>)

CLOC-Coordinadora Latinoamericana de Organizaciones del Campo  
(<http://www.cloc-viacampesina.net/>)

Colectivo por la Autonomía-COA, México (<http://colectivocoa.blogspot.com/>)

GRAIN (<http://www.grain.org>)

Grupo ETC, México (<http://www.etcgroup.org>)

Grupo Semillas, Colombia (<http://www.semillas.org.co>)

REDES-Amigos de la Tierra, Uruguay (<http://www.redes.org.uy>)

Red de Coordinación en Biodiversidad, Costa Rica (<http://redbiodiversidadcr.info/>)

**Sitios temáticos:**

<http://www.farmlandgrab.org/> y <http://www.bilaterals.org/>

La Alianza Biodiversidad invita a todas aquellas personas interesadas en la defensa de la biodiversidad en manos de los pueblos y comunidades a que apoyen su trabajo de articulación. Los fondos recaudados a través de las donaciones se destinarán a fortalecer los circuitos de distribución de la revista Biodiversidad, sustento y culturas, así como su impresión en los diferentes países en los que trabaja la Alianza. Les invitamos a colaborar ingresando a la siguiente página:

[http://www.biodiversidadla.org/Principal/Secciones/Campanas\\_y\\_Acciones/DONAR\\_-\\_Alianza\\_Biodiversidad](http://www.biodiversidadla.org/Principal/Secciones/Campanas_y_Acciones/DONAR_-_Alianza_Biodiversidad)

*Biodiversidad, sustento y culturas* es una revista trimestral (cuatro números por año). Se distribuye la versión electrónica gratuitamente para todas las organizaciones populares, ONGs, instituciones y personas interesadas.

Para recibirla en su versión digital deben enviar un e-mail con su solicitud a:

**Henry Picado**  
[rcbcostarica@gmail.com](mailto:rcbcostarica@gmail.com)

